



Precio en Madrid para los suscritores al Museo por un año. 20 rs
Se suscribe en el Gabinete literario, calle del Principe, Madrid.

No se admiten suscripciones a este periódico solo, sino con el Museo.
REDACCION, C. DE SANTA TERESA, N. 8.

Precio en provincia para los suscritores al Museo, por un año. 24 rs
Se suscribe en casa de los corresponsales del Estab. de Mellado.

SUMARIO.

ARTÍCULOS. Los bohemios.—Otelo, ó un perro de cola larga, por don Esteban Garrido.—Maravillas del arte y de la industria, por don Francisco Fernandez Villabille.—La huérfana del Pirineo (continuación), por don J. M. Goizueta.
GRABADOS. Un rancho de gitanos ó bohemos.—Primer cuarto de la luna de miel.—Último cuarto de la luna de miel.—Primer sombrero.—Último sombrero.

Los bohemios.

Las dudas que han existido siempre acerca de los gitanos ó bohemos y su origen, no han dado todavía lugar á una cabal certidumbre; pero se ha adoptado generalmente la opinion de

Pasquier, que los hace remontar en su obra hasta el siglo XV, en cuya época nos muestra doce pretendidos cristianos que abandonan el Bajo Egipto para venir á Europa, primer eslabon de aquella larga cadena de bohemos, la primera generacion de todas estas generaciones, que hace cuatro siglos se perpetúan en Europa, haciendo alarde de su charlatanismo nómada en todos los lugares donde el capricho del momento los conduce. Raza estúpida que profetiza el porvenir y cree cándidamente en sus propios oráculos; raza salvaje, que hace cuatro siglos vive al lado de la civilizacion, sin que la civilizacion haya podido todavía contarla en el número de sus conquistas.

Se refiere, que cuando estos doce primeros vagabundos, gérmen de esta gran familia de vagabundos, aparecieron en Europa por la vez primera, llegaron á ser el objeto de una ardiente curiosidad. Decian, que el papa los habia condenado, para espacion de sus faltas, á andar errantes por todas partes de Europa por espacio de siete años consecutivos, sin tener domicilio fijo ni lugar de descanso. «Llevaban, dice

Pasquier, bucles detrás de las orejas, como los que usan ciertas poblaciones salvajes, y sus cabellos crespos, su tez negra ó aceitunada, la fealdad, y aun la deformidad de la mayor parte de las mugeres, los harapos que ceñian, les daba no sé qué fisonomia estraña y sobrenatural que debia chocar muy enérgicamente la ignorancia de los europeos.» Desde su llegada á Paris, el arzobispo de aquella ciudad se apresuró á pedir su espulsion, y amenazó con sus escomuniones á todos aquellos que en su credulidad impia invocaran sus engañosas predicciones.

Todo el mundo sabe el poder que ejercia en esta época semejante amenaza: se sabe que los reyes mismos no desafiaban impunemente la del papa, y que los pueblos ignorantes huian espantados del individuo sobre el cual habia caido tan terrible anatema.

La permanencia de los bohemos en Francia, agitó como un grande acontecimiento los talentos mas graves del tiempo, y los estados generales convocados en 1360, condenaron á ellos y á su posteridad á un destierro perpétuo. Esta injus-



Un rancho de gitanos ó bohemos.

ta proscripción no debe admirar á los que recuerden que mas tarde, por los años de 1620, se imputaba á la magia la influencia que la mariscal de Ancre ejercía sobre la débil viuda de Enrique V, y que la infortunada moría sobre el patíbulo como hechicera. Estos primeros rigores de un gobierno supersticioso, no han contribuido poco sin duda á la formación de aquellas costumbres, de aquel espíritu salvaje de corporaciones que los anima á todos, y los aísla del resto de la sociedad como á nuevos parias. Por lo demás, una larga costumbre, antiguas tradiciones, los une siempre á sus antiguos hábitos, y á su posición escepcional en el mundo; la mayor parte de estas gentes, si se les dejara en libertad de elegir, no cambiarían su condición vagabunda y aventurera por nuestro bienestar, y sus privaciones diarias, por las comodidades numerosas y ciertas que nos prodiga la civilización. Puede compararse esta gente á aquellos animales inmundos que nunca están mas satisfechos y gozosos que cuando se revuelcan en el fango.

Inspeccionando las manos y las caprichosas líneas que las atraviesan y serpentean en todos sentidos, profetizan los bohemios, á quienes nosotros llamamos gitanos, el porvenir de aquellos que los consultan. La mayor parte de estos seres se encuentra en los países meridionales, y particularmente en España.

La lámina que acompañamos al presente artículo, representa una reunión de gitanos que viajan y hacen una parada de descanso durante la marcha; pero el tipo de esta raza pertenece á la que discurre por la parte septentrional de Europa, que se diferencia notablemente de la que circula por España. El dibujo pertenece al acreditado Valentin, cuyo lápiz le ha grangeado una justa y merecida reputación como fiel trazador de todas las costumbres europeas.

Otelo ó un perro de cola larga.

Aquellas de nuestras apreciables lectoras que tengan puestos sus ojos en un falderillo de esos que constituyen su encanto, al par que desesperan á mas de un envidioso, no dudamos que leerán con interés la siguiente verídica historia, cuya narración vamos á emprender de la manera mejor que nos sea posible.

El protagonista de ella lleva el nombre de OTELO, y aunque no es moro, ni cristiano, ni habitante de Venecia, ni conocido del difunto Shakespeare, merece, sin embargo, figurar en las columnas del UNIVERSO, y adquirir en ellas tanta fama como algunos héroes, menos conocidos por sus proezas que por su afán de que todo vivo viviente les conozca.

OTELO es un perro bellissimo, de raza americana, blanco como la nieve, de sonrosada y fresca nariz (tal vez demasiado fresca), y dotado de un par de ojos negros que valdrían cualquier cosa, si en sus contornos no se echase de ver cierto desaseo, peculiar de los animales de su casta. A las cualidades físicas de nuestro héroe, hay que agregar la de una nobleza de las mas acrisoladas entre la especie canina: ninguna barra atraviesa el campo de gules de su escudo, y su origen se pierde en los perrunos anales, ó como diría un historiador de otro calibre, en la noche de los tiempos.

Somos poco inclinados á buscar analogías, y en esta atención, no es de extrañar que no nos detengamos á inquirir las que existen entre los perros y los hombres, máxime cuando después de inquirirlas, no las alcanzaria de seguro, no solamente nuestro amigo OTELO, y eso que no corre mal, pero ni tampoco un galgo. Esto, no obstante, hemos creído observar que los perros tienen, como los hombres, su aristocracia, y que su privilegiado origen salta á los ojos, lo cual no sucede siempre entre la especie humana. Un perro de raza es conocido á la simple vista, mientras que no es fácil descubrir si el transeunte que nos codea ó á quien hacemos trinar pisándole un ojo de gallo, es conde, marqués, ó simplemente un don botas hecho y derecho.

Volviendo, pues, á nuestro héroe, debemos consignar que es un perro aristocrático. Su cuna fue un cogen de terciopelo bordado esmeradamente, y á los pocos días de su lactancia empezó á ser regalado con sopas de chocolate, vizcochos, caramelos y otras golosinas. Su madre, perra de delicada complexión y de naturaleza viciada por el mimo, no pudo resistir á los trabajos del alumbramiento, y sucumbió á los pocos días del parto. OTELO encontró consuelo para su horfandad en una boca fresca como un capullo y adornada de treinta y dos perlas hermosísimas, boca perteneciente á una mujer que apenas contaba veinte y cinco años, y la cual ya no tenía marido.

La juventud de OTELO fué una mañana de primavera: mimado como el que mas, teniendo por lecho la falda de su linda señora, nutrido constantemente con bombones, mecido diariamente en un lujoso carruaje, y engalanado por añadidura con su correspondiente gabán de invención moderna, el bueno del animalito causaba la envidia de la especie perruna en general, y de algunos individuos de la especie humana en particular, los cuales solían decir al ver sus arrumacos: «¡Qué lástima de usagre!»

Pero si la pobreza tiene frecuentemente sus desventajas, la fortuna, en cambio, suele causar fastidio, según dicen, y al bueno de OTELO debió sucederle así, puesto que, hastiado de dulces, harto de coche y de lacayos, ganoso quizás de echar cotufas en el golfo, y envidiando tal vez la libertad de que gozaban los perros de la plebe, á quienes veía desde su carruaje bullir sueltamente y perorar con alegres ó irritados ruidos, resolvió renunciar las preocupaciones de su casta y hacer una de *pópulo*, pronunciándose perro libre.

El lacayo que solía pasear á pie al animalito por las cercanías de la fuente de Apolo, mientras que el ama de OTELO se paseaba á sí misma por el salón de París, tenía de vez en cuando sus dases y tomaras amorosas con una niña, y OTELO resolvió aprovechar una de estas favorables coyunturas para tomar las de Villadiego.

Constante en su propósito, cierto día en que el astur se distrajo mas que lo de costumbre con el objeto de sus afanes, OTELO se deslizo, sin decir palabra, entre un grupo de muchachos, no exaló ni una queja al tropezar con un carruaje tirado por cabras, galopó, durante una hora, sin rumbo cer-

to, y no hizo silo hasta que su instinto le indujo á creer que ya no le perseguirían.

Veía por fin realizadas sus ilusiones, y brincaba de gusto al considerarse libre, olvidando que la libertad de por sí no es muy estomacal que digamos, y que la necesidad de comer era por lo menos tanto ó mas imperiosa.

Pocas horas bastaron para convencerle de su error: resolviendo, no obstante, mantenerse en su arranque de independencia, caminó algún tiempo husmeando por plazuelas y calles hasta llegar á la pastelería suiza, donde otros perros experimentados le enseñaron á escarvar para nutrir la andorrga, y donde la nutrió efectivamente con dos ó tres huesecillos atrapados á espensas de algunas dentelladas. En las altas horas de la noche hizo la rosca en el dintel de una puerta y durmió como un cachorro, propiamente dicho, hasta la madrugada del siguiente día, en que, después de ponerse en pie y de sacudirse las lanas, se lanzó por esas calles en busca de aventuras y de desperdicios, que encontró y comió con apetito escelente.

Ignoramos el tiempo que pasaria el prófugo viviendo sobre el país; pero fué lo bastante para que empezara á cansarle la vida nómada y los huesos, y á parecerle duro lecho los dinteles. Así y todo, el muy bribon no pensó en volver al regazo de su afligida y bella señora, porque, á fuer de perro hidalgo, era orgulloso y testarudo como él solo: lo que hizo si, fué echarse en busca de una posición social menos incierta, apelando á un recurso muy usado entre la perruna gente cortesana.

Aquellos lectores nuestros que en las mañanas de primavera hayan pasado alguna vez de madrugada por la plaza de Oriente, no dejarán de presumir cuál fué este recurso. Crecido número de caninas individualidades acude allí en busca de amo, y meneando las coas y haciendo otras mil zalamerías al transeunte que mas les peta, le siguen con pertinacia hasta que éste, ó los echa de sí aplicándoles la punta de la bota, ó se decide á adoptarlos.

OTELO recurrió á este expediente, según llevamos dicho, y su buena ventura le deparó un transeunte, el cual se dirigía hacia el Campo del Moro, llevando una caja debajo del brazo izquierdo, y un envoltorio en la mano derecha. Era un pintor sin fama y con mérito, de edad de unos treinta años, de agradable presencia, y vestido con un traje de mañana bastante elegante. Al dirigirse al Campo del Moro, iba con el objeto de tomar algunas de aquellas hermosas vistas; la caja que llevaba debajo del brazo, era una caja de pinturas; el envoltorio era una suculenta tortilla de jamon, destinada á neutralizar en el estómago los efectos de las inspiraciones.

Simpatizando OTELO con el elegante porte de aquel transeunte, y acaso con el olorillo de la tortilla, echó á andar tras él, y poco á poco fué tomando el aire de un perro familiar. El pintor reparó un instante en nuestro héroe, y llamándole la atención la finura de sus lanas, dijo para sí:

—¡Qué perro tan bonito!

En seguida continuó su marcha hacia el Campo del Moro, y notando que el perro proseguía á su lado, se paró á contemplarle y le dijo sonriéndose:

—¡Hola, compadre! tú, por lo visto, has llegado á oler mi tortilla, y vienes detrás á la golosina de las migajas.

Y volviéndose luego, como si buscara con la vista al amo de tan precioso animal, al convencerse de que este se hallaba solo, empezó á acariciarle, tomó después asiento en un pequeño ribazo, desenvolvió la tortilla, y sentándose OTELO á su vez sobre las patas traseras, dió principio entre perro y hombre una de las pantomimas mas expresivas.

¡El noble, el aristocrático OTELO tenía hambre!

El artista partió con él su almuerzo: OTELO no se hizo de rogar, comió con apetito, lamió las manos de su amfitrión, y se echó en seguida á sus pies.

Al cabo de un rato, y cuando el pintor terminó su obra, vino á las mentes la idea de hacerse amo de OTELO, el cual se prestó á ello de buena voluntad, siguiéndole en su regreso á su casa, penetrando en ella, y tomando posesión á su modo, ó sea, haciendo la rosca sobre una silla. De suerte, que en realidad el artista no robó al perro, sino que el perro se hizo robar por el artista.

Desde entonces fué creciendo cada vez mas el cariño del pintor á OTELO, hasta el punto de que, al cabo de seis meses casi consideraba al animal como á un amigo, y un día le ocurrió la idea de retratarse y retratarlo. Al poner esta idea en ejecución, lo hizo con tal acierto, que, enamorado de la pintura uno de nuestros pintores de fama, maestro del nuevo amo de OTELO, se empeñó en obtenerla, y la colocó en su taller.

Una dama principal, no menos conocida en los círculos elegantes por su belleza que por su fortuna, se presentó á las pocas mañanas en casa del poseedor de ambos retratos, y al fijar en ellos la vista, no pudo reprimir un grito de sorpresa que le arrancó el extraordinario parecido de OTELO, al cual reconoció á la primera ojeada.

Fácilmente se concibe que abrumaría á preguntas al pintor para saber dónde paraba el original de aquel retrato, y que el artista se prestó gustoso á dar cuantas noticias le pidiera señora tan principal. Merced á ellas, la primitiva ama de OTELO descubrió la casa donde se había refugiado el americanillo, y trató de recuperarlo á todo trance, si bien con los miramientos que exigía el cariño que necesariamente tenía que haber tomado al animal su nuevo amo, para reproducir su imagen con la perfección que lo había hecho.

Por otra parte, el retrato del artista en que la dama había reparado también al contemplar el del perro, tenía cierta expresión muy poco á propósito para asustar á una viuda, y tanto por esta consideración como por la que ya llevamos enunciada, resolvió apelar á la diplomacia para el recobro del prófugo.

Así, pues, rogó al maestro del joven artista que se lo presentara con motivo de un baile que pensaba dar en una de las noches próximas, y el maestro se apresuró á acceder á este ruego, dirigiéndose á casa de su discípulo y participándole los deseos de la dama.

—¡Bah! exclamó el joven, al escuchar tan estraña pretensión: ¿qué diablos puede querer de mi esa señora? Estoy por apostar que es vieja y fea como un capricho de Goya.

—¡Pardiez que no! repuso el maestro: es joven, es linda, tiene escelentes dotes, y un dote todavía mas escelente.

—¿Y vd. opina que yo debo asistir á ese baile?

—¡Pues no que no! una noche, pronto se pasa, y además, ¿quién sabe si querrá encargarle á vd. algun retrato y pagárselo bien?

—Ciertamente que esa última idea no deja de ser ventajosa, hoy especialmente que mis fondos están de baja; pero si le he de hablar á vd. francamente, temo que, en punto al baile, temo que no he de dar pincelada....

—¡Vaya un apuro! no se baile; procure vd. mostrarse lo menos posible en el salón, siente sus reales en el buffet, y de seguro pasará una noche deliciosa.

El discípulo se dejó convencer fácilmente por el maestro, y ambos fueron al baile en la noche convenida.

La dama recibió al joven perfectamente, y durante una de las polkas que se bailaron procuró tomar asiento al lado suyo, y entabló conversacion con él, haciéndola versar sobre los dos retratos que había visto en casa del maestro.

Después de elogiar el cuadro en general, la joven viuda habló del perro, exclamando traidoramente.

—¡Qué animal tan lindísimo! ¿Dónde ha tomado vd. el modelo?

—En mi casa, respondió el pintor sonriéndose: no he hecho mas que hacer una copia de mi perro.

—¡Ah! ¿con que es de vd.?

—Si señora, la casualidad me le deparó.

—¿De veras? ¿cómo fué?

—Del modo mas sencillo; me lo encontré una mañana en la plaza de Oriente; el animal, por lo visto, tenía hambre; partí con él mi almuerzo, se vino detrás de mí y conmigo sigue.

La dama estuvo á punto de gritar, —¡ese perro es mio!— reprimiéndose, sin embargo, por un pensamiento generoso, y en seguida preguntó á su interlocutor:

—¿Se conoce que quiere vd. mucho á ese animal?

—¡Muchísimo! es tan zalamero... no parece sino que el animalito quiere hacerme tolerable la soledad en que vivo.

Y girando entonces la conversacion sobre el método de vida del artista, desplegó éste tanta gracia y tanta sensibilidad al descubrir su aislamiento, las circunstancias personales de su indigesta patrona, y la inteligencia prodigiosa del americanillo, que la dama, al oír estos últimos detalles, no pudo prescindir de llevarse el pañuelo á los ojos, y volvió la cabeza á otro lado como para evitar una emoción violenta.

—Mil perdones, señora, exclamó el artista, al notar este ademán: ¿habré tenido la desgracia de incomodar á vd. con la relación de mi vida y costumbres?

—No, no, repuso la dama vivamente; aquí hace mucho calor, y he sentido una especie de mareo.

El pintor le ofreció la mano y la condujo al hueco de un balcón que estaba entreabierto.

—¿Ha concluido vd. el paisaje que bosqueja en el campo del Moro?

—Sí, señora.

—¿Quisiera verlo.

—Mañana mismo lo traeré yo.

—¿Para qué? un criado irá en su busca.

—Es que... es que... hablando francamente, he dado encargo á un amigo para que lo venda, y lo tiene en su casa.

—¿Lo habrá vendido ya? exclamó vivamente la dama.

—No es lo probable, repuso el artista modestamente.

—Pues yo lo compro.

—¡Usted!

—Si señor, lo compro.

El artista, que el día anterior hubiera vendido su paisaje con mucho gusto, recibió, sin embargo, una impresion sumamente desagradable al oír aquellas palabras. Pero la linda viuda, sin darle tiempo para reflexionar, le dijo que le llevara el cuadro al día siguiente, y que llevara también el perro para ver si era tan hermoso vivo como pintado.

El joven pintor se presentó al siguiente día en casa de la dama con el cuadro y el perro, y la dama, al ver al americanillo, soltó un grito que no dejó de llamar la atención del artista.

OTELO por su parte, que había encontrado su primitiva patria, y que acababa de reconocer á su antigua señora, empezó á brincar de gozo y á lamerla impetuosamente las manos.

—¡Oh hermoso OTELO mio! exclamó la linda viuda, dando rienda suelta á su emoción: al fin he logrado encontrarle.

—¿Qué está vd. diciendo, señora? exclamó el artista con inquietud.

—El ingrato prosiguió la dama, alargando una mano al pintor, y estrechando con la otra el hocico de OTELO, me había abandonado por irse á viajar por esos mundos.

—¿Con qué era de vd. según eso? preguntó el artista.

—Si, señor; y esto le explicará á vd. por qué he querido comprarle el cuadro.

El pintor dejó ver en su semblante marcadas señales de tristeza, y preparándose para despedirse de la viuda, le dijo con voz conmovida:

—Señora, yo no puedo menos de apresurarme á devolver á usted...

—No, no; vd. le quiere mucho, y él también á vd., y no es mi ánimo que pase vd. por OTELO los ratos crueles que á mí me ha dado; llevésele vd. á su casa, y traigámelo vd. todos los días para que yo lo vea: esto me parece lo mejor, á menos que para vd. no sean una molestia esas visitas...

El pintor clavó sus ojos en la viuda, y empezó á comprender que podría ésta amenazar su soledad algo mejor que el travieso OTELO; pero no se atrevió á hacer castillos en el aire con una idea que la diferendia de posiciones le hacia considerar absurda.

Durante algún tiempo condujo diariamente al americanillo á presencia de su ama, y cada día también encontraba un nuevo atractivo en la viuda.

Una tarde el pintor contemplaba con envidia las caricias que la dama hacia á OTELO, y temiendo que su tranquilidad corriera peligro al lado de aquella mujer encantadora, resolvió dar fin á sus visitas, renunciando también al animal.

Iba á manifestárselo así á la dama, cuando esta, que por su parte había estado también meditabunda, se le anticipó diciéndole:

—Yo no puedo pasarme sin mi OTELO, y tampoco quisiera que vd. se quedara sin él. ¿Habrá algun medio para conciliar ambas cosas?

El pintor dirigió á la dama una mirada elocuente, y ella le respondió con una sonrisa angelical:

—¡Soy viuda!

Oteño saltó entonces sobre la falda de su ama, y lamió al mismo tiempo su mano y la del pintor.

Un tío de la viuda que á esta sazón penetró en el aposento, dirigió á su sobrina las siguientes palabras:

—Mucho me engaño, si á su vuelta no ha traído OTEÑO cola larga.

De esta cola algo ha descubierto, sin duda, un periódico, el cual anunciaba días pasados un enlace matrimonial entre una gran señora y un artista.

Y si lector, dijéredes ser contento, etc.

ESTEBAN GARRIDO.

Maravillas del arte y de la industria.

VI.

LA CAZA.

El hombre valiéndose de toda su industria para apoderarse de los animales que pueblan el universo, aun los mas corpulentos y formidables, y sometiendo á los caprichos de su voluntad la fuerza de los unos y los feroces instintos de los otros, es el verdadero rey de la creación, y esta supremacía, este poder que ha recibido del Omnipotente, en nada le manifiesta tanto como en el ejercicio de la caza, ya sea para apoderarse con maravillosa industria de los animales que pueden servir á sus necesidades, ya, en fin, destruyendo á sangre y fuego á todos los que son dañinos á sus intereses.

Si es un deber el aniquilar las especies dañinas y perjudiciales, y si tambien se deben minorar aquellas que llegan á hacerse incómodas por una excesiva multiplicación, no sucede lo mismo respecto de aquellos seres inofensivos que viven tranquilos en sus moradas solitarias y sobre todo respecto de las inocentes avejillas que pueblan las florestas y las regocijan con sus trinos de alegría, y sin embargo, la caza de aves es la que constituye el principal placer de este ejercicio de dar muerte cruel á timidas criaturas. ¿Qué de astucia no emplea el hombre para apoderarse de ellas? Las redes, las trampas, los lazos y la liga ponen en sus manos á los habitantes de los aires; pero hay otros medios mas seguros, aunque tambien mas destructores.

La caza por medio del halcón y del gerifalte estuvo muy en boga en la edad media, y era el recreo favorito de los grandes señores, de los altos barones y de los poseedores de castillos feudales, constituyendo un ramo muy importante del arte del cazador el criar, conservar y enseñar á las aves de rapiña, destinadas á este género de caza, llamada de *cetrería*. El uso de las armas de fuego ha hecho olvidar este arte tan cultivado por los antiguos y practicado hasta por las mismas señoras que salían á caza montadas en sus hacaneas, con séquito de pages y escuderos, y llevando el amaestrado halcón sobre su delicada mano resguardada con un guante de las garras del ave de rapiña. Era maravillosa la celeridad y la destreza con que los halcones perseguían y apresaban á grande altura á la víctima que se habían propuesto; pero tambien el amaestrar un halcón era negocio de tiempo y de paciencia. La primera operacion era obligarle por medio del hambre y del cansancio á que se dejase tapar la cabeza hasta los ojos con un casquete metálico, despues se le enseñaba á lanzarse sobre una presa figurada que estimulaba todos sus instintos de voracidad y de rapiña, siendo preciso que pasase bastante tiempo para que se le pudiese soltar en el campo y para que se prestasen á volver con su presa, dóciles á la voz de su amo.

Todos los antiguos medios de cazar, incluidas las flechas y otras armas arrojadas, han sido desterrados por las armas de fuego, que son en manos del cazador el mas poderoso medio de destruccion. En vano una distancia considerable separa á su víctima, el cazador prepara el arma, hace su puntería con ojo certero, un rayo de fuego brilla en el aire, y el pejarillo baja ya á los pies del cazador, aun antes que retumbe el mortal estampido.

La caza de los cuadrúpedos terrestres, aun con el auxilio de las armas de fuego, es todavia mas peligrosa, y en ella el hombre se ha visto precisado á servirse de los mismos animales para acosar y esterminar á otros cuya muerte se propone. El huron atrevido hace salir al tímido conejo de la madriguera en que se halla agazapado, y el perro, compañero inseparable del cazador, le ayuda á perseguir en los bosques á la tímida liebre, al ciervo ágil, al corzo, al gamo y al furioso javalí. Esta caza de *montería* es harto peligrosa, y en ella hombres, perros y caballos quedan rendidos de cansancio despues de haber salvado distancias considerables, cruzando rios, zanjias y cuantos obstáculos se oponen á una ciega y obstinada persecucion, y arrollando y estropeando tal vez los campos en que se halla pendiente de recoleccion la cosecha en que están cifradas las esperanzas de alguna pobre familia.

No es solo el perro el animal de que el hombre se sirve para hacerse dueño de otras especies de animales. Para las famosas cazas del tigre se emplean los elefantes, á pesar de su excesiva corpulencia, que no le impide apoderarse del tigre con la trompa así que la fiera viene á abalanzarse sobre los cazadores que van sobre el elefante y que le han herido con sus disparos ó sus lanzas; pero si el elefante consigue enlazar con su trompa al tigre, éste muere bien pronto aplastado bajo los pies del colosal cuadrúpedo. Los indios se sirven de la pantera para cazar gacelas: la pantera, enseñada y puesta en libertad por los cazadores en tiempo oportuno, salta de un par de brincos sobre la gacela y la apresaa y aun la devora si los cazadores no acuden con presteza. Para coger viva á la pantera, á pesar de su ferocidad, hacen un hoyo bastante profundo en el suelo y le cubren con una especie de trampa. En el fondo del hoyo se coloca un espejo medio cubierto por ramaje, y al asomarse la pantera al borde del hoyo viendo su imagen en el espejo, cree que es otro animal, y precipitándose sobre él, deja caer la trampa y queda encerrada como en una jaula.

Los caballos y los toros silvestres se cazan por medio del lazo, que los americanos en especial, manejan con singular destreza; para cazar los búfalos cuando están reunidos en

rebaño, dos ó tres cazadores se cubren con una piel de lobo y andando á gatas se acercan á los búfalos que no huyen, antes confiando en sus fuerzas se preparan á defenderse de aquellos falsos lobos que mas les causan sorpresa que terror; pero los cazadores, sacando á tiempo el arco y las flechas, derriban por tierra muchos de aquellos animales antes que los demas piensen en huir. En comparacion de las grandes cacerías, ó mas bien combates formidables de la India y de la América, puede pasar muy bien por verdadera diversion la caza conforme se ejecuta en Europa; aun la de montería, en la que hombres montados en robustos caballos persiguen por todo un dia, al través de los campos, al javalí, al lobo, á la zorra y al ciervo, con gran séquito de escuderos y de perros y ruido de trompas y ladridos de perros. Estas cacerías, suelen, sin embargo, ser trágicas, y siempre es solemne aquel momento en que el ciervo u otro animal inofensivo, acosado y sin hallar salida por ninguna parte, cae herido y fatigado para ser víctima de furiosos perros que quieren disputarse sus entrañas palpitantes.

En este momento supremo, son admirables los actos de desesperada astucia que sugiere á muchos animales el instinto de su propia conservacion ó la de sus hijuelos, esponiéndose á los mayores peligros para alejar á sus crueles perseguidores del sitio en que está guarecida su pequeña prole; pero el cazador no se inquieta de modo ninguno por los dolores que causa; una sola idea de destruccion le anima; la caza es para él un placer, y para el hombre, en ésta como en otras muchas cosas, su propia satisfaccion es la suprema ley.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

Recuerdo de un viage.

POR FENIMORE COOPER.

(Continuacion.)

—El señor marqués acaba de ser atacado de la epidemia que ha diezmando sus soldados, y á estas horas está en las últimas.

Mr. de La Mothe-Houdancour, sobrecogido de una agitacion violenta, se paseaba por la sala á pasos precipitados.

—Caballero, dijo al regidor, voy á dar mis órdenes para que me acompañen cien hombres armados: es lo único de que puedo disponer. Mientras se trate de la defensa del pais, me tendréis á vuestro lado, pero esta fraternidad de armas no debe haceros concebir ninguna falsa esperanza: mi hermana jamás os pertenecerá.

Al decir esto, escribió á toda prisa unos renglones, tocó una campanilla, acudiendo al punto un criado.

—Malhurin, dijo el caballero, envía esa esquela al baron de Epinac, patrono de las religiosas Recoletas de Reaune: haz prevenir los presentes, que, segun la carta de fundacion, tiene que hacer cada novicia á la comunidad, á saber: doce docenas de pollos, otras tantas de pichones, de liebres, de pavos y de perdices. Así que haya templado la violencia de la epidemia, llevarás á mi hermana al convento del hospital de San Juan de Lona; y entretanto, caballero, primer regidor, tratemos de rechazar al enemigo.

—Señor gobernador, dijo Pedro Desgranges, esta es la primera vez que empuño las armas. La muerte me alcanzará tanto mas fácilmente, cuanto menos diestro soy para servirme de ellas: me permitireis decir á la señorita, que mi último pensamiento si dirigirá á ella y á mi pais.

El gobernador frunció las cejas, y la señorita de La Mothe-Houdancour se dejó caer en un sillón tapándose la cara. Pedro Desgranges se arrojó hácia ella, le tomó y besó la mano, y salió precipitadamente. No tardó en seguirle el caballero de La Mothe.

Habiendo llegado á San Juan de Lona, encontraron los vecinos reunidos en la plaza Mayor, delante de la iglesia parroquial, dedicada á San Juan Bautista. Los soldados de la guarnicion estaban distribuidos por las murallas, y las cuadrillas de trabajadores trabajando sin descanso en el reparo de las fortificaciones desmanteladas.

Acompañado de Mr. Machault, lugarteniente del marqués de Saint-Point, Mr. de La Mothe-Houdancour pasó revista á los vecinos. Hizoles presente que de su resistencia dependia la suerte de toda la provincia, y tal vez del reino entero: señaló á cada uno su puesto, y nombró oficiales, tanto entre los vecinos, como entre los caballeros del pais.

El dia siguiente, 25 de octubre, vieron desplegarse por las praderas que rodean la ciudad, los numerosos batallones de los aliados. Los soldados del duque de Lorena se colocaron en el ala derecha, sobre la ribera del Saona, resguardados de un soto llamado el bosque de Gouge; los del Franco-Condado, y los españoles formaron el ala izquierda; y Mateo de Galas, general de las tropas del emperador Federico II, envió un heraldo para que intimase la rendicion á la ciudad.

Los notables de la ciudad se habian reunido en un cuerpo de guardia cerca de la puerta de Saona, que miraba á la carretera de Dijon. El regidor Pedro Desgranges era el presidente de la asamblea.

—Señores, les dijo, se nos intima que entreguemos la ciudad al emperador.

—¡Nunca! gritaron por todas partes.

—Vosotros no teneis bastante gente ni aun para sostener el ataque de una de nuestras escuadras, dijo el parlamentario.

—Pero tenemos bastante resolucion para combatir con vuestro ejército entero, dijo Pedro Desgranges. Rehusamos toda proposicion.

El parlamentario se retiró.

—¡Muy bien! señor regidor, dijo Mr. de La Mothe á Desgranges, habeis hablado como un caballero, y á falta de nacimiento teneis corazon. Siento mucho haberos tratado en un principio con dureza.

—Si quereis cercioraros, señor gobernador, permitidme combatir á vuestro lado.

—Acepto con gusto: sean los que fueren los motivos que nos separan, os tengo por hombre capaz de servirle dignamente de su espada; y por consiguiente, me ireis á los alcances, si no me aventajais.

Desde el momento en que le comunicaron la repuesta de los habitantes, hizo Galas colocar en la pradera frente á la puerta de Saona, la artilleria de la division imperial, y al estruendo del cañon que batia las murallas juraron los sitiados quedar sepultados debajo de los escombros de su ciudad.

El dia 1.º de setiembre quedaba una brecha de treinta á cuarenta pies de largo. Cesó el estruendo de la artilleria, y las columnas enemigas avanzaron al asalto. Era una lucha muy desigual. De un lado marchaban y maniobraban con todo orden soldados aguerridos, cubiertos de hierro, armados de fusiles, mosquetes, picas y alabardas: del otro doscientos veinte soldados estenuados, caballeros llenos de entusiasmo, pero poco diestros en la táctica militar, lugareños no hechos á la disciplina, y que veian el fuego por la primera vez.

Con todo, al primer encuentro retrocedieron los imperiales. Dos veces volvieron á la carga, y dos veces fueron rechazados. Mr. de La Mothe, y sus soldados, Desgranges y sus compatriotas rivalizaban en valor, y arrostraban el fuego de los mosquetes con igual intrepidez. Al cabo de tres horas de una lucha encarnizada se retiraron los sitiadores.

—Caballero, dijo el gobernador de Bellegarde apretando la mano del primer regidor, mi hermana puede tenerse por dichosa por ser amada de un hombre como vos.

—¿Segun eso, me la hubiérais concedido, si me hubiérais conocido mejor?

—Esa es pregunta á que solo mi padre puede responder. Por mucho que yo haga, difícil será que pueda influir en su voluntad; y ademas, aunque haya tenido ahora la fortuna de oír silvar las balas alrededor de mi cabeza, y salir salvo, ¿quién sabe si mañana á estas horas podré contarlo?

—Teneis razon, caballero, no pensemos por ahora mas que en salvar la ciudad ó morir. El enemigo no se contentará con este primer asalto: ¡mirad que movimiento en todo su campamento! No vuelve el propio que hemos enviado á Dijon... mas no importa: no les dejaremos mas que escombros y cadáveres: pienso pasar toda la noche en la brecha.

(Se continuará.)

La huérfana del Pirineo (1).

(Continuacion.)

CAPITULO XVIII.

DE COMO PUEDEN TOMARSE FORTALEZAS SIN POLVORA, BALAS NI CAÑONES.

Y vióse á estos traidores,
Fingirse amigos para ser señores.
(Isa. Hist. de Esp.)

Segun lo habia previsto D'Armagnac, el marqués de Vallesantoro, virey de Navarra á la sazón, no creyó que debia negar la entrada á gente amiga en una plaza de guerra fronteriza, por mas que la llegada de tales huéspedes fuese imprevista é inesperada.

D'Armagnac pidió este favor con calculada cortesania, y el marqués, que sin duda tendria mas de cortés y generoso que de militar, accedió al ruego del gefe francés.

En seguida el virey dió á elegir al comandante aliado una série de alojamientos, entre los cuales escogió como al azar la casa del marqués de Bersolla. La tropa se alojó en las inmediaciones de la plaza del castillo, en la hilera de casas que dan frente á la ciudadela y al paseo de la Taconera, y en la calle Mayor.

El comandante Bertholon ocupó un alojamiento próximo, hospedando los soldados de su cuerpo en todo lo largo de la calle de la Comedia.

De este modo las tropas estaban reunidas y dispuestas á obrar á la primera señal.

Nuestro ex-monaguillo creyó de buena fé que se le negaría la entrada en la plaza de Pamplona; pero vió con sorpresa todo lo contrario. Luego pensó que serian alojados, bien en el barrio de la Arrochapea, bien hácia la catedral, como puntos separados, el primero de las murallas, y lejano el segundo de la ciudadela.

Pero aquel dia habiale abandonado el don de profecía, así es que aturdido y renegando de la imprudente confianza del virey, fué á ocupar el alojamiento de su amo. Apenas se vió solo, pidió tintero y papel, y con una letra digna émula de las que se usan para marcar fardos, escribió lo siguiente:

«Señor marqués de Vallesantoro: habeis sido un imbécil en admitir dentro de los muros á la brigada francesa.»

Un patriota.

Concluida tan original misiva, salió del alojamiento, y rodando disfrazado de estudiante por las inmediaciones del palacio del virey, topó al fin con un lacayo, que mediante una gratificacion se encargó de poner la carta en manos del señor marqués, como lo verificó.

El marqués la leyó, se encogió de hombros, y aplicó al lacayo un bastonazo tal, que juró no volver á encargarse de semejantes comisiones.

Damian, por su parte, pensó que habia obrado con arreglo á las instrucciones del coronel D'Herville, y durmió tranquilamente, persuadido de que no tardaria el virey en obligar á los franceses á que desalojasen la plaza.

Pero aquella noche y el dia inmediato se pasaron en múltiples obsequios de parte de los gefes y oficiales de las tropas francesas y españolas, con grande admiracion de Damian. Marc-Letonre no dejaba de visitar á su alegre camarada, y el comandante Bertholon cada dia se mostraba mas satisfecho con su criado.

Damian entre tanto no se descuidaba; deslizóse en las tabernas, registrando hasta sus rincones mas oscuros y escondidos; pero en sus pesquisas no encontraba sin duda lo que iba buscando, y volvia mal humorado á su casa.

(Sigue á la pág. 86.)

(1) Véanse los números anteriores.

ASIA. (CONTINUACION.)

NACIONES.	MARES.	RIOS.	MONTES.	VOLCANES.	CABOS.	ISLAS.	LAGOS.	RELIGION.	GOBIERNO.	CIUDADES.	HABITANTES.	OBSERVACIONES.
TURQUIA ASIÁTICA.	Marmara. Negro. Mediterráneo. Archipiélago.	Teleroz. Ernak. Kizil-Irmak. Tigris. Eufrates.	Taur. Libano. Caucaso. Ararat. Carmelo. Thabor. Ida. Olimps.		Cheidonia. Baba. Kerempeh. Indje.	Medlin. Ksira. Silo. Samos. Naxos. Paros. Lipsos. Calamos. Cos. Discoli. Serpento. Ridas. Chipre.	Arich. Mar Muero. Telokul.	Mahometana. Despótico.	Despótico.	Smirna. (Capital). Kara-Isr. Koutieh. Brousa. Erzerum. Van. Mus. Orta. Mossul. Bagdad. Alepo. Damasco. Palmyra. Jerusalén.	40.000,000.	El clima es de lo mas delicioso, y los aires muy sanos. La division geográfica es en las cinco regiones, llamadas el Asia Menor ó Anatolia, la Armenia, el Kurdistan, la Mesopotamia y la Siria; y la política en seis bajadatos y veinte y un pachaliks.
ANABIA.	Rojo.	Median. Chabab. Alan.	Libano. Hosb. Sina. Diel-Hair-As. Chabab. El-Ajed. El-Ghamar.		Mocandon. Kurra-Marra. Meerra. Bharan.			Mahometana.	Despótico.	Meca. (Capital). Medina. Yiddah. Sana. Mokka. Aden. Mareh. Makalla. Mas Kat Minab. Lahsa Deran.	12.000,000.	La Arabia es un vasto pais que tiene de largo seiscientos leguas, y de ancho trescientas, y forma una Peninsula cuyo interior está ocupado por estensos desiertos de arena. Las costas son fértiles. Divídese en muchos estados independientes y otros que obedecen al virey de Egipto. Entre todos comprende las seis comarcas del Hedjaz, el Yemen, el Hadramant, el Oman, el Lahsa y el Babria.
REINO DE PERSIA O IRAN.	Persico.	Tedjend. Aras. Sind-Roud. Siarogen. Div-Rou. Kerah.	Allrouz. Khorassan. Caucaso. Brakheri.		Ormuz. Kichin. Kareh.	Caspio. Ourmah.	Mahometana.	Despótico.	Isbahan. Hamadan. Seri. Bilarch. Tauris. Jardis.	12.000,000.	La Persia ó Iran, abarcaba antes un gran territorio que en 1747 se dividió en cuatro estados de Persia, Kaland ó Afghánistan, Herat y Beluchistan. El clima es variado y el suelo muy productivo en frutas, cereales y pastos preciosos. Divídese la Persia actual en once provincias. El comercio es bastante activo.	
REINO DE KALAND ó AFGHANISTAN.		Kaland. Halmend.	Guizneh.				Zerah.	Mahometana.	Monárquico.	Kaboul. (Capital). Ghizah. Kandahar. Djallabad.	4.200,000.	Divídese en dos regiones el Afghánistan, y el Sistán, y en diez y siete hiernos.
REINO DE HERAT.		Hirmand. Dobas. Tidjen.	Hindonkoh.					Mahometana.	Despótico.	Herat. (Capital). Baman.	1.500,000.	Su division es en las tres partes llamadas Herat, Sindwand y Baman.
CONFEDERACION DE BELUCHISTAN.	Oman.	Pourah. Doust. Nougur.	Guizneh. Mokran. Soliman.					Mahometana.	Despótico.	Kriat. (Capital). Gandava.	2.000,000.	Formase esta confederacion de varias tribus, cuyos gefes reconocen á uno principal. Compónese de los seis estados de Soranan, Katch-Gandava, Djaldara, Lons, Mekran y Koutistan.
IMPERIO DE LA INDIA O INDOSTAN.	Indico. Oman.	Ganges. Hogli. Hontingola. Bramaputra. Behanaddi. Godaveri. Kishnah. Punar. Ban. Japly.	Himalaya. Boutal Nepal. Dhava leghiri. (Es el monte mas alto de la tierra). Banal-Mandel. Basail.	Comorin. Babel-Mandel. Soudervondos. Suleta ó Bombay. Diu.	Ceylan. Ranisiran. Laquedivas. Maldivas. Soudervondos. Diu.			Brahismo.	Despótico.	Calcuta. (Capital). Dacca. Moorchidabad. Pana. Benarés. Mirzapour. Agra. Dholi. Madras. Seringapapan. Calicut. Masulipatan. Bombay. Surat. Lahur. Haidralabad. Golconda. Colombo. Lahor. Gomahor.	150.000,000.	Llámanse tambien este dilatado pais, peninsula occidental de la India. Tiene de largo seiscientas leguas y de ancho quinientas. Es una de las regiones mas hermosas y férricas de la tierra. Divídese en dos grandes porciones, el Indostan, y el Dekkan, cada una de las que se subdividen en Septentrional y Meridional, el primero comprende el Kalmir, el Serinagar y el Nepal; y el segundo, ó sea el Indostan propio, abraza el Lahur, el Moultan, el Shah, el Katch, el Gazetah, el Bahar y Gaudah, el Dekkan septentrional propio contiene el Kachchah el Aligarh, el Orisa y los Chikars. El gran meridional, comprende el Kachchah, el Madabar, el Kachchah, el Bahar meridional, comprende el Kachchah, el Sotem, el Massour y el Dejjalad. Las divisiones políticas de la India son el Imperio Indio Británico y los Estados independientes, res, de que nos ocuparemos seguidamente.
TURKESTAN O TARTARIA INDEPENDIENTE.		Atrek. Enjend. Oural. Zorab. Narijot. Sara-Sou.					Caspio. Aril. Teles-Koul. Kalan-Koulik.	Mahometana. idolatra.	Despótico.	Samarcanda. (Capital). Boukara. Belkh. Feizabad. Khokand. Kiva. Nueva-Orghend.	4.500,000.	Esta vasta region ocupada por pueblos nómadas que con el nombre de hunos, turcos, mongoles, ó tartaros, dominaron el Asia y parte de Europa, está repartida en gran número de estados, cuyos gobiernos son mas ó menos despóticos. Deseo Tarkestán propio, y pais de los Kirghis y en varios Khanatos. El clima es vario.
IMPERIO INDIO-BRITÁNICO.	Océano Indio.	Ganges. Djamma. Japly. Sabernati. Gouny. Moutail.						Brahismo, mahometana, y cristiana reformada.	Absoluto.	Calcuta. (Capital). Dacca. Pana. Benarés. Mirzapour. Agra. Dholi. Madras. Seringapapan. Calicut. Bombay. Surat. Golconda. Visapur.	114.450,000.	Esta region se compone de tres partes. Primera, las posesiones inmediatas del rey de Inglaterra, que son las islas de Ceilan y Jannapota; segunda las posesiones de la compañía, divididas en las tres presidencias de Calcuta, Madras y Bombay, y en veinte y una provincias, las que forman en otro tiempo el imperio del Gran Mogol, y tercera de las posesiones tributarias que forman los reinos de Gujokar, Holkar, Aoudh, Deekhan, Nagpou, Salarah, Misort, Travankar, Katchin y los principados de Kalapour, Dietpur, y Katch.
ESTADOS INDEPENDIENTES DE LA INDIA.	Océano Indio.	Ravi. Dylin. Indo. Sera. Tapi. Ritchemathi.	Himalaya.					Brahismo y mahometismo.	Despótico.	Amrethir. Lahor. Kachmir. Haidralabad. Gandhar. Oudjen. Katanodon.	15.500,000.	Los estados independientes de la India son cinco, á saber: la confederacion de los Vaitiks, el principado de Sindhy, y los reinos de Sindia y Nepal y las Maldivas.
INDIA TRANS-GANGÉTICA O PENINSULA ORIENTAL.	Mar de China. Indico.	Ara. Bramaputra. Solonen. Meinan. Meinan-Kong. Song-Kiv.	Tsampa. Romloan. Laos-Siam. Lomadong.					Brahismo y mahometismo.	Despótico.	Djerat. Rangpou. Arakan. Malaca. Ava. Anapurou. Pegu. Bangkok. Siam. Perak. Dyolore. Hue. Letcho. Sougong.	20.000,000.	El clima de esta Peninsula es generalmente muy cálido y la vegetacion riquísima. Divídese en cinco partes que son el India-Transgangética, Imperio de Birman, Reino de Siam, Estados independientes de la peninsula de Malaka e Imperio de An-nam, cuyos estados mencionamos particularmente á continuacion. El interior de este pais está habitado por pueblos salvajes independientes.
INDIA TRANS-GANGÉTICA INGLESA.	Océano Indio.	Disoya. Arkan. Tapi. Tenasserin.	Sira-Yama. Pousi-no-Yama.					Brahismo, mahometismo y cristiana reformada.	Absoluto.	Djerhat. Rangpou. Arkan. Malaca. Ava. Anapurou. Pegu. Bangkok. Siam. Perak. Dyolore. Hue. Letcho. Sougong.	25.000,000.	Este territorio se compone de los reinos de Assam, Arakam, Mur-taban, Ye, Tavay, Tenasserin, y Merghat, y de las islas de Singapur y príncipe de Gales. Está bajo la dominacion de la compañía británica de las Indias.
IMPERIO DEL JAPON.	Océano Aliántico. Mar del Japon.	Yodo. Tenrio. Yon.	Sira-Yama. Pousi-no-Yama.					Boudismo ó de Fo.	Despótico yocrático.	Yodo. (Capital). Meco. Osaka. Nangasaki. Mansai. Kio.	25.000,000.	Compónese de varias islas situadas al Oriente de la China. Su temperatura es muy variable, el estío ó invierno son muy rigurosos. Los japoneses sobresalen en la industria, pero no admiten al comercio sino á los chinos y á los holandeses. Divídese el Japon en diez regiones subdivididas en sesenta y ocho provincias y sesientos veinte y diez distritos. Hay dos soberanos, el Dairi ó espiritual y el Komto temporal. Aunque los anales de este pais suben á épocas remotísimas, no se registra en ellos guerra alguna.
IMPERIO DE LA CHINA.	Mar de China. Amarillo.	Amour. Kierouhoun. Onion. Nou. Houang-Ko. Fu-Kiang. Kin.	Yin-Ling. Péllings. Nan-ling. Yan. Tchang.					Las de Confucio, Boudismo y de la gran Lama.	Monárquico.	Peking. (Capital). 		

(La continuacion en el número inmediato)



Allí procuraba hacer hablar á su amo valiéndose de mil ingeniosos ardidés y marrullerías; pero sus intentos fueron vanos, y nunca pudo conseguir otra cosa que una licencia para concluir el vino sobrante en la cena del comandante, ó un permiso para pasar la velada en compañía del veterano Marc.

Tres días habían pasado desde la llegada de las tropas francesas á Pamplona, y las cosas no variaban de aspecto. Esto desesperaba á Damian.

La tarde del 15 de febrero presentóse en el alojamiento de Bertholon uno de los antiguos criados del general D'Armagnac, á la sazón en que el comandante estaba fuera, y Damian se entretenía en merendar acompañado de Marc-Letonérre.

—¡Hola, Pierres! exclamó éste al verlo: ¿á quién buscas?

—Al comandante Bertholon.

—Ha salido; contestó Damian.

—¿Cuándo volverá? preguntó Pierres.

—Lo ignoro; pero si es cosa urgente, marcharé en su busca.

—Me harías un favor: ¿come hoy en casa? tornó á preguntar.

—Creo que sí: al menos tenemos orden de prepararle la comida.

—Pues id á buscarlo y decidle de parte del general, que lo espera á comer á las siete en punto sin falta. ¿Lo oís? Sin falta: repetídselo si os parece.

—Así se hará, señor Pierres; perded cuidado. ¿No queréis acompañarnos?

—Gracias: estoy de prisa y muy ocupado.

Y dicho esto saludó á los dos comensales y desapareció.

Me alegro superiormente de su marcha, dijo Letonérre lamándose los vigotes. Ese hombre tan larguirucho como lo ves, sería capaz de concluir con la comida de cuatro hombres, y cenárselos luego por añadidura.

—¡Vaya! contestó Damian, acostumbrado ya á las fanfarfonadas de su comensal.

—¿No lo crees? preguntábase en la primera ocasión al cocinero del general.

—¿Cómo le permiten comer tanto?

—¡Ay amigo! repuso Marc: ¿quién se atreverá en la casa á no dar gusto á Pierres en todo lo que pida? Es un hombre afortunado, Damian, un hombre superiormente afortunado. Y no vayas á creer que tenga ningún mérito especial para serlo. Es del mismo país que su amo; á eso se reduce todo.

—Pues según tengo entendido, también tú eres su paisano.

—Ya; pero yo, aunque separado de las operaciones del cepillo y la despensa, gozo de otra preeminencia, contestó el granadero encandilando la alta gorra de cuartel.

—¿Y te quejas? preguntó Damian socarronamente.

—Me quejo, porque á mí me encargan las operaciones militares arriesgadas, en que no se gana mas que honra y algún balazo; y á él las operaciones de despensa y bolsillo, en que se ganan luises de oro á vueltas de algún puntapie ó latigazo.

—¡Diablo!

—Así sucede, por ejemplo, que cuando es necesario dar un golpe de mano, se le llama á Marc-Letonérre y se le dice: —¡Marc! —Mi general. —Tú estuviste en Arcola. —Sí, mi general. —Y en Marengo. —Sí, mi general. —Eres uno de los viejos, de los antiguos. —Sí, mi general. —Y te conoce personalmente el grande hombre. —Sí, mi general; y por mas señas que me arrancó en una ocasión el lado izquierdo del vigote.

—Pues te necesito. —Mandad, mi general. —Toma veinte hombres, aréngalos á tu modo, y apodérate de aquella ciudadela. —Está bien, mi general.

—¿Y te apoderas del castillo? preguntó Damian asombrado.

—Ya lo creo. No que no: otras cosas mayores hemos hecho. ¿Sabes lo que es un navío?

—En Bayona he visto algunos.

—Pues nosotros nos apoderamos hace algún tiempo de una porción de ellos, con una carga de caballería.

—¡Bah! ¿cargas de caballería en el mar! dijo riéndose Damian.

—Eso es difícil, imposible en los mares de Francia; pero no en los de Holanda.

—¿Acaso son distintos los mares de por allí?

—Sí, amigo: aquellos mares se hielan.

—¡Ah! murmuró el ex-monaguillo. De modo que si te dijese: «Marc, apodérate de la ciudadela de Pamplona...»

—Cogería mi fusil, armaría bayoneta, y me apoderaría del castillo superiormente.

—¿Y como es que con todas esas hazañas no has conseguido siquiera los galones de cabo?

—Algunas veces me hago esa pregunta; porque has de saber que no es una vez sola la que me han asegurado que llevo en mi cartuchera el baston de mariscal de Francia. Yo como la simpleza de registrarla todas las mañanas por ver si tropiezo con el citado baston, y nunca encuentro otra cosa que cartuchos: abundantes, eso sí, pero nada mas que cartuchos.

—Ya te llegará la vez como á tantos otros.

—Sí, pero en el interin voy siendo viejo... Si al menos muriese Pierres, quizás ocuparía su vacante, que no dejaría de ser una buena prebenda.

—A propósito de Pierres, se nos olvidaba ya su encargo.

—Hablad del diablo y al punto asomará los cuernos; aquí llega el comandante.

Damian salió á recibir á su amo y le comunicó el recado del general.

—¿Con que sin falta? le preguntó Bertholon luego que hubo concluido.

—Me lo ha repetido varias veces, respondió el ex-monago.

—Debe ser alguna cosa grave, pensó Bertholon, y se encaminó á casa del general.

—¿Os aguardamos á comer, señor? le preguntó su criado.

—No; pero ten prevenido el caballo, y las maletas cerradas.

—¿Qué significa esto, Marc? dijo al granadero cuando hubo desaparecido Bertholon.

—No lo entiendo, amigo. Comamos por lo pronto y luego yo saldré á caza de noticias.

Damian, á fuer de buen criado, dió doble piezo al caba-

llo, arregló las maletas, y empezó á reflexionar que quizá el virey de Navarra, comprendiendo al fin su deber, é ilustrado con la escuela que le había dirigido, se decidía á hacer evacuar á los franceses la plaza de Pamplona.

Mientras Damian reflexionaba y el granadero recorría los cuerpos de guardia en demanda de noticias, D'Armagnac había tenido una conferencia con el virey. El francés había pedido permiso al marqués de Vallesantoro para alojar en la ciudadela dos batallones suizos, alegando que su disciplina estaba algo relajada, y que solo teniéndolos encerrados podría sujetarlos y hacerles entrar en la senda del deber.

Tan extraña petición chocó al virey, el cual contestó, que no hallándose facultado para conceder aquel permiso, no podía cargar sobre sí con la responsabilidad de semejante acto; pero que le prometía despachar el día inmediato un correo á la corte, haciendo presente la petición del general francés, y pidiendo instrucciones al efecto.

D'Armagnac objetó que semejante proceder denotaba desconfianzas de parte del virey, desconfianzas injuriosas para quienes se presentaban como amigos sinceros y fieles aliados de la España.

Afortunadamente el marqués tenía un carácter testarudo y tenaz, y no quiso acceder á la petición; en su vista se despidió el general francés é hizo buscar inmediatamente al comandante Bertholon.

—¡Pierres! gritó apenas le anunciaron su llegada.

—¿Qué mandáis, señor? preguntó el larguirucho criado.

—Servidnos la comida en persona, y no dejéis penetrar á nadie en la sala; si acaso fuese algún ayudante del virey el que viniere á buscarme, le hareis aguardar y me lo avisareis.

—Bien está: ¿puedo servir la comida?

—Hacedlo, Pierres, de una vez, y colocaos en la antecámara.

El criado sirvió todos los platos de que se componía la frugal comida del general D'Armagnac, que era sóbrio como un anacoreta: cerró luego la puerta de la estancia, y fué á situarse en la antecámara, convencido de que cuando su amo tomaba aquellas precauciones, debía ser muy grave el asunto que entre el general y el comandante iba á tratarse.

Sentáronse ambos comensales, y sirviendo un plato de sopas á Bertholon, le dijo el general:

—Henos aquí, amigo mio, colocados en una situación crítica: necesito un consejero prudente, y por eso os he mandado llamar.

—Sepamos primero de qué se trata, dijo Bertholon empujando á comer.

—Se trata de que entre mis instrucciones hay una que me manda colocar guarnición francesa en la ciudadela, avisando á Bayona de haberlo verificado, para que el gran duque de Berg, nuestro general en jefe, sepa á qué atenerse respecto á sus ulteriores disposiciones.

—Pues hacedlo, y punto concluido.

—Ya: ¿pero cómo?

—Nada mas fácil, respondió Bertholon sirviéndose una buena ración de carne asada.

—¡Hum! murmuró D'Armagnac.

—¿Sabéis, general, lo que yo haría en vuestro lugar?

—¿Qué haríais?

—Reuniría sigilosamente trescientos hombres, y asaltaría esta misma noche la ciudadela.

—Es que hay una pequeña dificultad para ello.

—¿Cuál?

—Que en las mismas instrucciones hay otra, por la cual se nos prohíbe espresamente hacer uso de las armas bajo ningún pretexto; valiéndonos de la astucia para conseguir el objeto, sin que la violencia entre para nada en nuestras operaciones. En una palabra, que obremos como aliados y nunca como enemigos.

—Eso ya es otra cosa. ¿Habeis visto hoy al virey?

—Acabo de tener con él una larga entrevista.

—¿Y supongo que habrá quedado todo arreglado?

—Suponeis muy mal, comandante.

—¿Será posible? exclamó Bertholon admirado. ¿Después de habernos dejado penetrar en Pamplona!...

—Eso fué lo que yo creía antes de dar el paso; pero si ha sido bastante cortés para...

—Decid mas bien imbécil, interrumpió Bertholon.

—Sea así; pero convendréis conmigo en que después de permitírnos la entrada en la plaza, no comprendo el motivo por el cual no se me permita alojar en la ciudadela á mis dos batallones suizos.

—Tampoco yo lo comprendo; ese es un acto de descortesía, motivo mas que suficiente para una declaración de guerra.

—Si no mediásemos esas malditas instrucciones... y eso que los batallones suizos que yo creía prudente alojar en la ciudadela, son tan indisciplinados, que solo encerrándolos...

—¡Indisciplinados los batallones suizos! observó Bertholon riéndose á carcajadas. Si son mas dóciles que un rebaño de carneros...

—Ya lo sé; pero me convenia presentarlos como un tipo de tropa insubordinada y rebelde.

—¿Y ni aun por esas ha accedido?

—Se ha negado á mi petición con mucha cortesía, es preciso confesarlo; pero se ha negado redondamente prometiendo consultarlo con la corte.

—De modo que...

—De modo que para pasado mañana, 17 de febrero, debe encontrarse en nuestro poder la ciudadela, y yo no veo la manera de verificarlo sin salirme del círculo de mis atribuciones, ni contravenir las órdenes secretas del emperador.

—En grave compromiso os halláis, general.

—Así lo creo, y para que me ayudeis á salir de él os he llamado.

Los dos gefes franceses quedaron silenciosos y pensativos largo rato. D'Armagnac se daba á todos los diablos, y golpeaba furiosamente el pavimento, sin que de aquel golpear resultase otra cosa que el resentirse de una antigua herida.

Bertholon, mas sosegado, se mordía las uñas y procuraba recordar una de las muchas astucias de que se valió en la época del terror para que le fuesen abiertas las puertas de algunas casas de recreo, pasada ya la media noche.

—¡Ah! una idea: exclamó al fin.

—¿Cuán feliz sois, comandante! dijo el general; á mí no se me ocurre ninguna.

—A mí sí, que es lo mismo.

—Con tal que sea buena...

—Esclente, mi general.

—Veamos esa esclente idea, dijo apoyando los codos en la mesa, el rostro entre las manos, y fijando su atención profundamente en Bertholon.

—¿Dónde reparten las raciones á nuestros soldados? preguntó éste.

—¡Ah! es verdad, dijo á su vez el general.

—¿Vais comprendiendo?

—Todavía no, pero proseguid: las raciones se distribuyen en la ciudadela; pero nunca van mas que una docena de soldados desarmados á recogerlas.

—Eso no importa. ¿Permitis, general?

—Obtrad, obtrad, comandante: yo no tengo la cabeza para nada.

—¡Pierres! gritó Bertholon.

El criado asomó su angulosa cara por entre las dos puertas de la sala.

—¿Conoceis á un granadero veterano que se llama Marc-Letonérre?

—Sí, mi comandante.

—Pues buscadlo inmediatamente, y decidle que se presente aquí sin demora.

El criado giró sobre sus talones con una precisión matemática, y desapareció. Un cuarto de hora después, el veterano Marc daba vueltas á su gorra de cuartel, manteniéndose derecho como un poste en frente del general y del comandante Bertholon.

Damian había preparado el caballo, cerrado las maletas, y dispuesto de tal manera todo lo perteneciente á su amo, que podía emprender la marcha á los cinco minutos de dada la orden. Luego se sentó en la cocina del alojamiento, y empezó el monólogo siguiente:

—Hoy dormiremos probablemente en los Berrios; la plaza de Pamplona se habrá salvado, y con eso habré prestado un gran servicio á la patria. Después, cuando vea al señor German y sepa lo que he hecho, me llenará de oro los bolsillos, y tal vez me permita volver á Errazu, en donde veré á Félix, á Inés, Gaspar y demás conocidos. Una cosa me inquieta, y es que el señor German no parece por acá, según me lo había ofrecido... ¡Bah! él sabrá lo que se hace... de todos modos á mí no me va mal con el comandante, al cual, si fuese español, no abandonaría en toda la vida; pero es francés... ¡Puf! á la primera ocasión...

—¡Damian, Damian! gritaron en la escalera.

—Allá voy, Marc, contestó levantándose y saliendo al encuentro del granadero. ¿Nos marchamos ya?

—¿A dónde?

—¿Qué se yo? pero como el amo me mandó preparar las maletas...

—Pues ya puedes abrirlas de nuevo.

—¿Cómo es eso? preguntó el ex-monaguillo admirado.

—Vamos á tu cuarto y allí hablaremos.

Hicieronlo así, y cuadrándose el veterano, le dijo á Damian con gravedad.

—Mirame, camarada.

—Ya te miro.

—¿Qué notas en mí?

—Nada, contestó el muchacho, después de pasear una mirada escrutadora por todo el cuerpo de Marc.

—¿No notas en mi persona alguna cosa que revela al hombre destinado á mandar á otros?

—¡Ah! ¿Por ventura has encontrado en tu cartuchera el baston de mariscal de Francia?

—No te burles, camarada; tal vez estoy en camino de serlo. ¿Te acuerdas de la conversacion que hemos tenido esta tarde?

—De algo me acuerdo, aunque no de todo.

—Te dije que para mí se reservaban las empresas de riesgo y audacia.

—De eso me acuerdo perfectamente.

—Tampoco habrás olvidado que cuando me preguntaste si en el caso de que me mandasen tomar el castillo de Pamplona lo tomaría, á lo cual contesté que sí.

—Sí, sí, también me acuerdo.

—Pues bien, camarada, acabo de recibir esa orden, dijo Marc atusándose el vigote.

—¿Tú? preguntó Damian con asombro.

—Yo.

—¿La orden de apoderarte de la fortaleza?

—Sí, hombre, si ¿eso te admira?

—¿Y te apoderarás de ella? tornó á preguntar mas admirado cada vez.

—Cuando Marc-Letonérre se encarga de un negocio, lo lleva á cabo.

—Eso lo veremos, pensó Damian; y luego añadió en voz alta; de modo que si consigues el objeto...

—Dalo por hecho, amigo, repuso Marc con aplomo.

—Pero dime ¿cómo diablos te vas á manejar para conseguirlo? preguntó alarmado de la seguridad con que se espresaba el veterano. Mira que la guarnición se compone de soldados viejos.

—Si, unos badulaques que no piensan en otra cosa que en fumar y en tocar la guitarra. En cuanto á la manera con que llevaré á cabo la hazaña, no quiero decírtela porque sería privarte del placer de la sorpresa; procura madrugar mañana y pasearte por frente de la iglesia de San Nicolás; y por ahora puedes desensillar el caballo de tu amo y abrir las maletas. Adios; voy á preparar los medios para ejecutar la empresa, pues no me sobra tiempo.

—Dime al menos... dijo Damian deteniendo á Marc.

—Solo puedo decirte que me apoderaré de la ciudadela á pelotazos.

—¡A pelotazos!

—Sí: con pelotas de nieve.

Dicho esto, el granadero desapareció.

Quedóse Damian con la boca abierta, sin saber si tomarlo á broma ó por lo serio la extraña confidencia de su camarada. Pero en los cuatro días que llevaba de afiliado en un regimiento francés, había oído referir tales hazañas, que no le permitían dudar de lo que se iba á ejecutar la mañana siguiente. Así es que, como la vez primera, apenas hubo que-

dado solo y reflexionado un momento, se puso á escribir la siguiente misiva que no le iba en zaga á la otra:

«Señor virey: hace tres días os dije que fuisteis un imbécil en admitir dentro de los muros de esta ciudad á las tropas francesas; hoy os digo que estas tropas, acostumbradas á apoderarse de una escuadra de navios con una carga de caballería, van á hacerse dueños de la ciudadela mañana á la madrugada, á pelotazos de nieve. Estad alerta, y no seáis mas imbécil aun que antes.»

Un patriota.

Cerró cuidadosamente la esquila, encaminóse á la carbonera, tiznóse la cara y las manos, vistiéndose las ropas volviéndose del revés, y se encaminó resueltamente hácia el palacio del virey.

Una guardia de granaderos españoles ocupaba el zaguan. —Granadero! dijo Damian fingiendo la voz y dirigiéndose á uno de los de la guardia.

—¿Qué te se ofrece, rapaz?

—¿Quieres ganar un duro?

—Vaya una pregunta, replicó el soldado.

—Pues yo puedo hacértelo ganar.

—¿Tú? preguntó aquel, mirando á Damian y riéndose.

—Yo; repuso el ex-monaguillo algo picado. Pues aunque simple carbonero, todavía tengo un duro para los que me quieran servir; y en prueba de ello, añadió enseñando al soldado un duro que brillaba seductoramente: helo aquí.

—¿Qué he de hacer para ganarlo?

—Entregar esta esquila al señor virey ahora mismo.

—¿Nada mas?

—Nada mas; pero se la has de entregar en propias manos.

—Venga la esquila.

—Ahí está; ahora ¿me das palabra de desempeñar mi encargo?

—Palabra de aragonés.

—Me basta: toma el duro.

—¿Tiene contestacion la esquila?

—No: adios, yo me marcho.

—Aguarda, aguarda; yo me llamo Andrés Egea ¿y tú cómo te llamas?

—El monaguillo le Errazu.

Damian echó á correr, llegó á la fuente llamada de Santa Cecilia, se lavó manos y cara, volvió al derecho sus vestidos, y entró en su alojamiento tarareando una cancion.

—Si el tal virey no es un verdadero asno, debe contraminar y hechar por tierra los planes de los franceses.

Esto pensó Damian mientras se disponia á acostarse, proponiéndose aguardar dormido á su amo.

Andrés Egea, como honrado aragonés y soldado fiel á su palabra, subió á los aposentos del general español, é hizo que le anunciase como portador de un pliego urgente.

Hallábase el señor marqués de Vallesantoro rodeado de su estado mayor, y jugando una partida de ajedrez con uno de los ayudantes pariente suyo, cuando entró un ayuda de cámara anunciando al granadero. El buen marqués acababa de dar mate al rey de su contrario, y como por otra parte le llevaba ganados dos juegos, estaba de un humor alegre por demas. Hizo que se presentara el granadero, y recibió la esquila que el soldado le entregó.

Apenas la hubo leído, volvióse al granadero y le preguntó:

—¿Has leído el contenido de esta carta?

—No, mi general, porque no sé leer.

—¿Quién te la ha dado?

—Un carbonero, mi general.

—Bien está; retírate.

Cuando el soldado hubo desaparecido dijo á los que lo rodeaban:

—¿Saben vds., señores, cómo se puede apresar una escuadra de navios?

Los circunstantes se miraron unos á otros, sin poder adivinar el verdadero motivo de aquella extraña pregunta.

—Diga vd., señor coronel de caballería, si fuera vd. general en jefe de un ejército ¿de qué medios se valdria para apoderarse de una escuadra?

—Reuniria un doble número de buques y la atacaria.

—Eso se queda para los ingleses ó los españoles; los franceses están mas adelantados que nosotros en el arte de la guerra. ¿Sabe vd., coronel, cómo se han apoderado de una escuadra? Con una carga de dos regimientos de caballería.

—Y al notar el asombro de sus oyentes, el virey se echó á reir estrepitosamente. Los demas gefes formaron coro.

—No es esto lo mas chistoso, sino que mañana por la mañana se van á apoderar tambien...

—¿De otra escuadra de navios? interrumpió el coronel; eso seria nuevo en Navarra.

—Se equivoca vd. Se van á apoderar de la ciudadela de Pamplona.

Un grito de sorpresa lanzaron todos los circunstantes.

—¿Pero cómo les parece á vds. que se va á ejecutar esta nueva hazaña?

—Nos asaltarán de improviso, dijo uno.

—O habrán minado algun lienzo de muralla, añadió otro.

—Con una carga de caballería, repuso el coronel, tranquilizado con la sonrisa que vagaba en los labios del virey.

—Están vds. en un error. Se harán dueños de la ciudadela sin cañones, ni pólvora, ni balas.

—¿Pues de qué proyectiles piensan hacer uso para apoderarse de ella?

—De pelotas de nieve. No se rian vds., señores; tengo en la mano el aviso que de ello me da un patriota.

A pesar del aviso oficial que el general español leyó á sus contentulios, reservando por supuesto el dictado de imbécil con que le adornaban, las carcajadas no cesaban, ni los dichos y chistosas ocurrencias se agotaban, hasta que el señor virey les manifestó que ya era hora de retirarse á dormir.

En esto dieron las doce de la noche. La ciudad se hallaba sepultada en el mayor silencio; todos sus vecinos dormian profundamente. El viento Norte silbaba con fuerza, mientras que grandes y numerosos copos de nieve emblanquecian calles y tejados.

En aquella época no habia ni alumbrado público, ni se habian instituido los serenos: al menos no aparecia ninguno por las calles. Los vecinos que por cualquiera evento tenian que salir de sus moradas, iban provistos de faroles para alumbrarse; los que despertaban en sus lechos, aguardaban para saber la hora á que sonase algun reloj.

Pero el invierno era crudo, la noche tempestuosa y fria, y ningun vecino tuvo poderosos motivos para abandonar su casa, ni á nadie le ocurrió despertarse.

Asi es que la ciudad, como llevamos dicho, estaba silenciosa como un cementerio, y oscura como el fondo de una mazmorra.

Y sin embargo, si á algun vecino de las casas que dan frente á la ciudadela le hubiese ocurrido asomarse á la ventana, hubiera notado una circunstancia extraña.

La puerta del palacio del marqués de Bersolla, en la cual, como hemos indicado, se alojaba el general D'Armagnac, permanecia entreabierta y sin luz alguna en el interior.

De vez en cuando y á iguales intervalos, se deslizaban hácia el palacio unas sombras que desaparecian silenciosamente en el zaguan.

Hubieran podido contarse hasta el número de doscientas. Luego se cerró el portal, quedaron solitarias las calles, prosiguió silbando el viento Norte, y la nieve cayendo mas espesa que nunca.

A cosa de las seis de la madrugada cesó de nevar, y á las siete y media, dos ó tres grupos de soldados franceses, entre los cuales descollaba Marc-Letonérre con su monumental gorra de cuartel y canosos vigotes, se fueron acercando los unos á los otros en el paseo de la Taconera.

Los soldados llevaban á la espalda sendos talegos de lienzo, y para entrar en calor sin duda, se repartian formidables talegazos.

Al poco tiempo se cansaron de esta diversion, y dividiéndose en dos bandos, comenzaron á coger nieve, formar pellas y arrojarlas unos contra otros á manera de pedrea de muchachos.

Una de las ventanas del piso principal del alojamiento del general D'Armagnac se entreabrió apenas empezó el combate. Bertholon miraba al través de los cristales.

El puente levadizo de la ciudadela cayó sobre el foso, y los soldados españoles que la guarnecian se asomaron los unos al parapeto de la muralla, los otros á la puerta de la fortaleza, para presenciar el combate que prometia ser curioso.

Bajo la ojiva puerta de la iglesia de San Nicolás, se habia colocado otro espectador; este era Damian, que seguia con interés creciente las maniobras de los dos pelotones franceses, mientras soplaban las puntas de los dedos entumecidos de frio.

Los combatientes, en número de cuarenta, se formaron en dos porciones de á veinte hombres cada una. Colocáronse frente á frente, teniendo al granadero veterano á la cabeza la porcion próxima á la ciudadela.

Cada cuerpo desplegó su guerrilla, formó su reserva, y el combate empezó con singular encarnizamiento por ambas partes.

Las pellas de nieve volaban cruzándose en el aire como las bombas de dos baterías opuestas; los soldados españoles aplaudian frenéticamente cuando alguno de los proyectiles daba de lleno en el rostro de algun combatiente.

—Buena es aguarda, estípidos! murmuraba en el interin el ex-monaguillo, aguardando por momentos que el centinela de la puerta de la ciudadela les mandara alejarse á los que se le iban acercando.

Porque es de advertir que el cuerpo de ejército mandado por Marc-Letonérre, llevaba lo peor de la pelea, viéndose obligado á retirarse delante del enemigo, que lo obligaba á acogerse al amparo de la ciudadela ó á precipitarse al foso.

Sin duda Marc creyó mas cómoda y menos espuesta la retirada verificándola hácia el puente levadizo.

Los soldados españoles reian y victoreaban á los vencedores, que mas animados cada vez, estrechaban mas y mas á los contrarios.

—¿Qué significa esto? murmuró Damian estremadamente inquieto al ver que los soldados españoles solo se ocupaban de aplaudir.

—¡Ah, ah! tornó á exclamar; el amigo Marc da órdenes á sus soldados. ¡Diablo, diablo! Los forma en dos pelotones... ¡pardiez! Ahora manda que se replegue la guerrilla... se retira en masa... ¡Ah brutos, brutos de españoles! Ya han llegado al puente levadizo... Vamos, ahora los van á despedir y á hacer cesar esa farsa... Ni por esas... ¡Calle! Allí hay lucha, verdadera lucha; veo correr á los españoles; veo relucir fusiles... ¡Oh, Dios mio! ¡Ya es tarde! ¡Maldicion sobre el virey!...

Y no pudo proseguir porque le cortó la palabra el ver que unos doscientos granaderos franceses, armados hasta los dientes, salian del alojamiento del general D'Armagnac y se precipitaban á la carrera en el puente levadizo de la fortaleza. Bertholon se asomó enteramente á la ventana.

Cinco minutos despues, centinelas francesas ocupaban los puestos de las españolas. La hazaña de Marc-Letonérre se habia llevado á felice cima. Damian quedó aterrado... luego echó á correr en direccion al palacio del virey.

Este excelente general tomaba á la sazón tranquilamente el chocolate junto al fuego de la chimenea. De repente llamaron con fuerza á la puerta del aposento, y sin aguardar la orden de entrar, se lanzó en la estancia el granadero Andrés Egea.

—¿Qué sucede? preguntó el marqués de Vallesantoro al ver al soldado, que pálido y agitado permanecia en pie con el morrion en la mano.

—Sucede, mi general, que los franceses son dueños de la fortaleza.

—Imposible, gritó el general, dejando caer el plato que tenia en la mano.

—Acaban de asegurármelo ahora mismo, mi general.

—¿Quién?

—El carbonero cuya esquila leyó anoche V. E.

En este instante se presentó un ayudante del general francés con un oficio, en el cual D'Armagnac participaba á S. E. el virey de Navarra, que siéndole materialmente imposible mantener la disciplina en sus batallones suizos, y no habiendo accedido á su justa demanda de la vispera, se habia visto en la dura necesidad de encerrarlos en la fortaleza sin consultarlo con S. E., por ser sobremanera urgente adoptar aquella medida; que no conviniendo el que las tropas españolas que antes guarnecian la ciudadela se contaminasen con el trato continuo de aquella tropa rebelde, habia dispuesto desocupasen la fortaleza, como lo habian verificado con laudable celo, encontrándose formadas á la sazón en el paseo de la Taconera; que por lo demas, la Francia y la España

estaban ligadas con lazos de amistad demasiado fuertes, para que pudieran relajarse por tan poca cosa, etc., etc.

El marqués quedó aterrado al leer aquel singular documento, y solo tuvo fuerzas para despedir con una seña al ayudante francés, y mandar que el gefe de estado mayor español pasara á cerciorarse de la verdad del caso.

Cuando á su vuelta se hubo convencido de ello, mandó llamar á su lacayo:

—¿Quién te entregó la esquila que me diste hace cuatro días? le preguntó.

—Un estudiante; contestó el lacayo conformándose con recibir otro bastonazo.

—Aquel estudiante tuvo razon, dijo el virey; como yo fui injusto contigo al aplicarte el bastonazo, ahí tienes cuatro duros para que puedas olvidarlo; si por acaso tropiezas con el estudiante, dile que deseo conocerle.

El lacayo se retiró sorprendido de semejante acogida.

—En cuanto á tí, granadero, añadió dirigiéndose á Andrés, creo que el estudiante de mi lacayo y tu carbonero, son una misma persona bajo distintos disfraces; toma esos dos duros para que procures encontrarlo y conducirlo á mi presencia.

El soldado saludó y fué á unirse con sus camaradas, aturdidos con lo que acababa de suceder.

Asi empezaba la primera escena del grande y sangriento drama que se iba á representar. Una mancha indeleble caia sobre el uniforme francés; el águila imperial cubrióse de vergüenza con sus alas, y solo Napoleon vió en esta cobarde traicion, en la del general Dubesme en Barcelona y Figueras, un medio como otro cualquiera para conseguir un fin propuesto y deseado.

Damian estaba desesperado. Corrió á la Taconera, mezclóse entre los soldados españoles, y empezó á denostarlos de tal manera, que lo hubiera pasado muy mal si los ánimos de tropa y oficiales no hubiesen estado tan preocupados con el reciente suceso.

Viendo que era inútil cuanto hacia por despertar en aquellos hombres el sentimiento de venganza, tomó filosóficamente su partido y comenzó á pasearse.

Una vez que se acercó á la muralla que formaba el recinto de la plaza, notó que un paisano embozado en una capa parada, y cuyo rostro estaba cubierto con el embozo, le hacia señas de que se acercara.

Hizolo así, pero con tal circunspeccion, que su aproximacion mas bien parecia efecto del paseo que no resolucion de ánimo deliberado.

—¿Damian! le dijo el embozado ¿qué significa esto?

El ex-monaguillo quedósele mirando de hito en hito.

—¿No me conoces? le tornó á preguntar; tanto mejor, pues eso significa que estoy bien disfrazado. Acércate con disimulo: ahora mirame.

Y dejó caer el embozo.

—¿El señor German! exclamó el rapaz.

—El mismo: recuéstate contra esa almena: no me mires, pero escucha. ¿Qué hacen ahí esas tropas?

—¿Hace mucho tiempo que estais en Pamplona? le preguntó Damian sin volver la cabeza.

—Hará media hora escasa que entré á una con los aldeanos que vienen á vender aves y verduras.

—¿Segun eso no sabeis lo que pasa?

—Nada absolutamente.

—Pues habeis de saber que anoche idearon los franceses apoderarse de la ciudadela.

—¿Bravo! contestó German.

—Apenas lo supe se lo noticié al señor virey, prosiguió Damian, admirado de la exclamacion del mayordomo de madama de Brèssens.

—¡Malo, muy malo! torno á exclamar éste. Prosigue, hijo mio.

—Desgraciadamente el virey no hizo caso de mi aviso.

—¡Magnifico! ¡Esclente virey! Prosigue, Damian, pues te escucho con sumo placer.

—De modo que los franceses que nunca idean una cosa sin llevarla á cabo, se han apoderado de la fortaleza, espulsando á la guarnicion española, que es esa tropa por quien me preguntabais poco ha.

—¡Soberbio, Damian, soberbio!

—¿Qué decis, señor? exclamó el ex-monaguillo, que no comprendia la alegría que demostraba D'Herville al escuchar tan fatales noticias.

—Te digo que eso es soberbio. ¿Habrá habido mortandad, eh?

—¡Si no se ha disparado ni un tiro, señor!

—¡Ah! ¿Con que todo eso ha pasado en paz y concordia?

—Lo mismo que si Pamplona fuese una plaza francesa.

—Vamos, si no ha habido resistencia ni ataque, no tardará en verificarse uno y otro. Damian, estoy contento de tí. Luego que yo me separe, recoge el dinero que dejo sobre este parapeto, y procura darme noticias de todo cuanto suceda.

—¿En dónde os he de encontrar?

—En casa de una honrada viuda de la calle de Pellejería, número 20. Preguntarás por el señor German, el arriero de Errazu.

—Bien está

—Procura visitarme de noche, á menos que no haya una novedad que merezca la pena, en cuyo caso no dejes de venir á cualquiera hora.

—Asi lo haré, señor.

—Con que lo dicho y adios.

Marchóse D'Herville restregándose las manos y murmurando:

—Esto marcha; muy en breve rugirá el leon, y entonces ¡guay de vosotras, águilas imperiales!

Damian recogió el dinero con mucho disimulo, encogióse de hombros, y retiróse á su vez murmurando tambien:

—Pues señor, el diablo me lleve si entiendo una palabra; pero puesto que el señor German está content, oes seña de que las cosas van de bien en mejor.

Y silbando alegremente una marcha guerrera, volvió á su alojamiento.

(Se continuará.)

J. M. GOIZUETA.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, número 8.

Primeros y últimos, escenas de costumbres, por Enrique Valentin.



Primer cuarto de la luna de miel



Ultimo cuarto de la luna de miel.



Primer sombrero.



Último sombrero.